

de que fui casualmente testigo en un pequeño hospital de Krakau (1), donde era horrible escuchar cómo se echaban mutuamente en cara los enfermos, en son de burla, sus propias enfermedades; cómo el tísico, que moría por consunción, se burlaba del hinchado hidrópico; cómo uno se reía del pólipa de otro, y éste á su vez de la luxación de la mandíbula inferior y de la oftalmía de sus vecinos, hasta que al fin, los exaltados por la fiebre saltaron desnudos del lecho, arrancaron á los otros enfermos sábanas y mantas de sus lastimados cuerpos, y no se vieron más que horribles miserias y mutilaciones (2).

(1) En la versión francesa, *de Berlín*.

(2) En la versión francesa, *espectáculo horrible, no se vió entonces más que úlceras purulentas, innobles mutilaciones, y todas las plagas del pobre (hombre) Lázaro*.

## CAPÍTULO VI.

.....  
 Aquél escancia al resto de los dioses,  
 Por la derecha, el néctar de honda urna;  
 Alzan los dioses risa interminable  
 Viendo á Vulcano que al servir se apura;  
 El día entero, hasta que el sol declina  
 Se prolonga el festín, do todo abunda;  
 Busca Apolo en su lira dulces notas,  
 Y su canto divino alzan las Musas.

VULGATA (1).

Cuando de pronto entra jadeante un pálido y ensangrentado judío, coronado de espinas y con una gran cruz de madera al hombro; arroja la cruz sobre la espléndida mesa de los dioses; tiemblan las copas de oro

(1) La versión francesa, dice: *Iliada*, y en efecto, los versos citados son de dicho poema de Homero, canto I, al fin. La traducción francesa, aunque en prosa, es muy libre. Los versos citados, de una alemana, en el texto, más fieles, son ocho pretendidos exámetros alemanes, que trasladan otros tantos griegos.

Pensé al pronto poner en esta versión castellana, los correspondientes de la traducción de Hermosilla, pero me encontré con que en ella constaba el trozo de doble número de versos libres, que no producían el efecto de rápido contraste que deben producir con el principio del capítulo, y me decidí á traducir el trozo en ocho endecasílabos, sin perder idea alguna del original griego, pero con más concisión y rapidez. El poner Vulgata por Iliada tiene su intención humorística.



y los dioses callan, palidecen y va en aumento su palidez, hasta que al fin se disipan como la niebla.

Hubo entonces una época triste y el mundo se puso gris y sombrío. Ya no hubo más dioses felices; el Olimpo se convirtió en un hospital donde se pasearon enojosamente dioses desollados, asados y agujereados que ligaban sus heridas cantando tristes himnos. La religión no proporcionó ya alegría alguna, sino consuelos; fué una entristecedora y ensangrentada religión de delincuentes (1).

¿Era acaso necesario esto á la enferma y magullada humanidad? Quien ve sufrir á su Dios, sobrelleva más fácilmente sus propios dolores. Los antiguos y alegres dioses, que no sentían dolor alguno, tampoco sabían lo que sufre un atormentado mortal, y un atormentado mortal tampoco podía, en caso de necesidad, suponerles un buen corazón (2). Eran dioses de día de fiesta, en torno de los cuales se danzaba alegremente, y á los que sólo se podían dar gracias. Por lo mismo nunca fueron amados de todo corazón; pues para serlo..... se necesita sufrir. La compasión es la última consagración del amor, acaso el amor mismo. De cuantos dioses fueron amados, es por esto Cristo el Dios que lo ha sido más, sobre todo por las mujeres..... (3).

(1) *De ajusticiados*, en la versión francesa.

(2) En la versión francesa: *no podía uno dirigirse con confianza á ellos en sus dolores*.

(3) Esta idea ha sido magníficamente desenvuelta por nuestro Galdós en su *Gloria*.

Huyendo del estruendo de la muchedumbre, fuí á perderme en un templo solitario, y lo que acabas de leer, querido lector, es, más bien que mi propio pensamiento, una serie de palabras que involuntariamente se me escaparon, mientras reclinado en un antiguo banco daba entrada en mi pecho á los acordes del órgano. Allí me estuve fantaseando y componiendo para aquella extraña música una letra más extraña todavía.

De cuando en cuando vagaba con la mirada por la vaporosa nave, buscando las sombrías y clamorosas figuras correspondientes á las melodías del órgano.

¿Quién es aquella mujer envuelta en su velo, que está allí arrodillada ante la *Madonna*? La lámpara que ante ella pende ilumina con dulce claridad á la bella madre dolorida de un amor crucificado, á la Venus dolorosa; más á veces van á caer, como á hurtadillas, algunos lascivos (1) y misteriosos rayos de luz sobre las bellas formas de la velada devota. Sigue ésta inmóvil sobre las gradas de piedra, pero su sombra se mueve á la oscilante luz, corre á veces hacia mí y retrocede rápidamente, cual en un harem un mudo negro mensajero de ardiente amor..... y lo comprendo. Me anuncia la presencia de su señora, la sultana de mi corazón.

Pero poco á poco iba aumentando la obscuridad en el solitario templo; acá y allá se deslizaba por entre los pilares una figura indeterminada; de cuando en cuando se elevaba leve murmullo en alguna capilla lateral, y el

(1) *Kupplerisch*, apareadores.



órgano gemía en prolongados acordes como los suspiros del corazón de un gigante.....

Parecíame que aquellos acordes jamás cesaban; que aquellas moribundas voces, aquella agonía iba á durar eternamente; sentía una opresión indecible, una angustia sin nombre, como si hubiera sido enterrado vivo, y tras largo tiempo de aparente muerte, me hubiera levantado de la tumba, y con mis lúgubres compañeros acudiera al templo de los espíritus á oír el oficio de difuntos y confesar las culpas póstumas.

A veces me parecía ver que efectivamente se sentaban junto á mí, envueltos en una media luz fantástica, los difuntos feligreses con sus antiguos y ya olvidados trajes florentinos, sus demacrados semblantes y sus devocionarios guarnecidos de oro en las enflaquecidas manos, orando susurrantes y saludándose con melancólicas inclinaciones de cabeza. El quejumbroso tañido de un esquilón lejano me recordó de nuevo al enfermo sacerdote que viera en la procesión, y me dije á mí propio: Sin duda acaba de morir, y se dirige aquí á decir su primer misa nocturna; sin duda ha llegado ya el triste espectro (1).

Pero de pronto alzóse de las gradas del altar la graciosa figura de la recatada devota.

Sí, era ella, su vivida sombra (2) desvaneció los pálidos fantasmas; ya no vi nada más que á ella, la seguí rápidamente fuera del templo, cuando ya en la puerta

(1) En la versión francesa, *este será el colmo de las tristes apariciones.*

(2) En la versión francesa, *el reflejo de su falda.*

echó el velo hacia atrás, miré el lloroso semblante de *Francesca*, que parecía una soñadora rosa blanca cubierta de perlas de rocío que la hacen brillar á la luz de la luna.

—¿Me amas, Francesca?

Le pregunté muchas cosas y me contestó pocas.

La acompañé al *Hotel Croce di Malta*, donde estaban hospedadas ella y Matilde. Las calles se habían vuelto á quedar desiertas; las casas dormían, cerrados los ojos de sus ventanas, y sólo á través de sus párpados de madera relampagueaba una que otra lucecilla. Arriba, en el cielo, destacábase entre las nubes un ancho jirón verde-claro en el que bogaba la luna creciente como una góndola de plata en un mar de esmeraldas. En vano rogué á Francesca que elevase la vista una vez siquiera para mirar á nuestra antigua y querida confidente, pues continuó con la cabecita baja y soñadora.

Su andar, en otro tiempo tan suelto y vaporoso, era ahora religiosamente acompasado, su paso era sombríamente católico (1), ajustado al ritmo solemne del órgano, y como noches antes los pecados, llevaba ahora la religión en las piernas (2). Por todo el camino iba santiguándose rostro y pecho al pasar ante cada imagen de santo; en vano procuré ayudarla. Pero cuando llegados á la plaza pasamos por delante de la iglesia de San Miguel, donde del fondo oscuro de su hornacina se destaca

(1) En la versión francesa, *humilde.*

(2) En la versión francesa, falta este inciso.



una marmórea Virgen de los Dolores con sus espadas doradas en el corazón y su corona de lamparillas sobre la cabeza, me echó Francesca los brazos al cuello y me besó murmurando: *¡Cecco, Cecco, caro Cecco!*

Al principio recibí tranquilamente estos besos, por más que sabía bien que en el fondo iban dirigidos á un abate boloñés, funcionario de la Iglesia católica. Como protestante no tuve escrúpulo alguno de apropiarme los bienes del clero católico, y al punto secularicé los piadosos besos de Francesca. Sé que los sacerdotes se escandalizarán y clamarán, de seguro, contra el robo de cosas sagradas, y me aplicarían gustosos la francesa ley del sacrilegio (1).

Por desgracia, debo confesar que los citados besos fueron lo único que pude embolsarme aquella noche. Francesca había decidido aprovecharla en bien de su alma, pasándola arrodillada y en oración. En vano pedí que me dejara tomar parte en sus ejercicios piadosos; tan luego como llegó á su cuarto, me dió con la puerta en las narices. En vano estuve una hora larga á la parte de afuera, pidiéndole me dejara entrar, exhalando todos los suspiros imaginables, afecté piadosas lágrimas y pronuncié los más santos juramentos—entiéndase que con reservas mentales—pues me iba poco á poco convirtiendo en jesuita, haciéndome completamente malo (2), y hasta

(1) En la versión francesa falta la palabra *francesa*.

(2) En la versión francesa: *llegando al jesuitismo más insinuante*.

prometí hacerme católico por aquella sola noche (1).

— ¡Francesca!—exclamaba— ¡estrella de mis pensamientos! ¡pensamiento de mi alma! *¡vita della mia vita!* ¡mi bella, multi-besada, esbelta y católica Francesca! ¡Por esta sola noche que me concedas, te prometo hacerme católico.....; pero por esta sola noche! ¡Oh, qué bella, feliz y católica noche! ¡Descanse yo en tus brazos y creeré, con estricto catolicismo, en el cielo de tu amor; sellemos con nuestros labios la dulce confesión, el Verbo se hará carne, la fe tomará cuerpo y forma! ¡Qué religión! ¡Clérigos, entonad entretanto vuestro *kyrie eleison*, tocad, incensad, sonad las campanas, preludiad al órgano, y haced oír la misa de Palestina!..... ¡Este el cuerpo! ¡Yo creo, yo soy feliz, yo sueño! (2).

(1) En la versión francesa: *.....llegué á prometer á mi inamoralta que al abrazarla abrazaría al mismo tiempo su creencia y su culto*.

(2) He aquí cómo están redactados estos dos últimos párrafos en la versión francesa:

— ¡Francesca—exclamé—estrella de mis pensamientos, pensamiento de mi alma, mi muy amada, excelente bailadora y devotísima Francesca, ábreme tu puerta! ¿Será para mí la puerta (a) del cielo, de tu bello cielo católico? Yo te prometo abandonar la fe protestante, esa fea y fría religión que he profesado sin jamás amarla..... Á tus blancos y adorables pies abjuraré los errores de Lutero, á los cuales he estado ligado por una necesidad mundana y por las prusianas astucias de Satán. ¡Ábreme tu puerta y entraré en el seno de la Iglesia católica,

(a) La versión francesa dice *palabra (parole)* en la edición de 1858 que hemos tenido presente, pero Strodttmann, en su nota, dice *puerta*, que sin duda ha leído en otra edición ó corregido, pues es la que el autor debió poner.



Mas cuando desperté á la mañana siguiente, me froté los ojos, entumecidos por el sueño y el catolicismo, volví á ver claro en el sol y en la Biblia, y volví á ser tan concienzudo protestante y á encontrarme tan en ayunas como hasta entonces.

*apostólica y romana! ¡En tus ortodoxos brazos gustaré la beatitud de los elegidos! ¡En tus labios, en tus besos, se revelará á mí el dulce símbolo; el milagro del santo misterio se operará entonces..... el Verbo se hará carne!..... ¡Dios es el amor!..... Pero, ¡ábreme por amor de Dios!*

*¡Ay! la puerta de salvación no se abrió para mí aquella noche; volví á mi casa pálido, aburrido, renegando y tan protestante como hasta entonces.*

## CAPÍTULO VII.

Cuando al día siguiente volvió á brillar en el cielo el risueño sol, se desvanecieron por completo las lúgubres ideas y sensaciones que despertó en mí la procesión de la tarde precedente, y me hicieron considerar la vida como una enfermedad, y como un hospital el mundo.

Alegre muchedumbre, pintorescamente engalanada, hormigueaba por toda la ciudad, y acá y allá cruzaba de pronto algún negro clérigo. Todo eran rumores, risas y charlas, de modo que apenas se oía el repique de las campanas que invitaba á la misa mayor de la Catedral.

Es ésta una hermosa y sencilla iglesia, cuya fachada de mármoles de colores está adornada con esas columnitas cortas, unas sobre otras colocadas, que ofrecen un aspecto espiritual y melancólico. En el interior, pilares y muros estaban revestidos de rojos paños, y una alegre música se derramaba sobre la ondulante multitud.

Llevaba yo del brazo á la *signora Francesca*, y cuando al entrar le ofrecí el agua bendita, al dulce contacto de nuestros dedos se electrizaron nuestras almas, y sentí al mismo tiempo una eléctrica sacudida en una pierna, tal, que la impresión me hizo dar un traspiés sobre las arro-



dilladas campesinas, completamente vestidas de blanco y cargadas con largos pendientes y cadenas al cuello, todo de oro amarillo, que en apretada muchedumbre cubrían el pavimento.

Al mirar en torno mío, vi una señora, arrodillada también, abanicándose, y tras el abanico reconocí los burlescos ojos de *milady*. Inclinéme hacia ella, y murmuró lánguidamente á mi oído: ¡*Delightful!* (1).

—¡Por amor de Dios!—le dije por lo bajo—esté usted formal, no se ría, pues, de lo contrario, de seguro nos echan de aquí.

Pero en vano rogué y supliqué. Por fortuna nadie entendía nuestro idioma. Mas levantándose *milady*, nos siguió, por entre el apiñado concurso, hasta el altar mayor, y allí se entregó á sus locas humoradas, sin la menor consideración, como si estuviéramos solos en los Apeninos. Se burlaba de todo; ni aún los pobres cuadros pintados en los muros estaban seguros de sus flechazos.

—Vea usted—exclamó—á *lady* Eva, nacida de la costilla, cómo discute con la serpiente. Fué buena la ocurrencia del pintor de poner á la serpiente una cabeza con rostro humano; pero hubiera sido aún más ingeniosa si hubiera adornado ese rostro seductor con un bigote militar. Vea usted, doctor, allí al ángel que anuncia su estado á la benditísima Virgen; ¿pues no se sonríe irónicamente? ¡Ya sé lo que piensa ese *ruffiano!* Y esa

(1) ¡Delicioso!

María, á cuyos pies se postra la santa alianza de Oriente con regalos de oro y de incienso, ¿no se parece á la *Catalani*?

La *signora Francesca*, que por ignorar el inglés, de toda aquella charla no había entendido más que la palabra *Catalani*, se apresuró á hacer la observación de que la dama de quien hablaba nuestra amiga, al presente había perdido gran parte de su reputación. Pero nuestra amiga no se desconcertó por esto, y siguió comentando los cuadros de la pasión, el de la crucifixión inclusive, hermoso cuadro, en el que había pintados tres semblantes estúpidos é inactivos que contemplaban indiferentes el martirio del Señor, y de los cuales afirmó por esto *milady* que eran los ministros plenipotenciarios (1) de Austria, Rusia y Francia.

Hizo las más locas observaciones acerca de una *Huida á Egipto*, donde María iba con el niño montada en el asno, en tanto que San José marchaba tras ellos de espolista. Afirmaba *milady* que el pintor había querido expresar cierta semejanza entre el espolista y el cuadrúpedo; pues, en efecto, de las cabezas melancólicamente inclinadas de ambos, pendían largas orejas.

—¡En qué inaudito apuro se encuentra el pobre hombre!—exclamó Matilde.—Si cree que Dios ha desdenado hacerse colaborador suyo, razón tiene para darse al diablo; pero si no lo cree, es un hereje y se va al diablo de la misma manera. ¡Qué dilema tan terrible! por eso inclina

(1) En la versión francesa *comisarios subdelegados*.



tan tristemente la cabeza; y hasta se la han adornado con una gloria que no deja de parecer una radiante corona de cuernos. ¡Qué lástima me inspira la suerte del pobre arriero! Nunca, hasta hoy, me he sentido tan profundamente impresionada en una iglesia.

No obstante, los antiguos frescos que se dejaban ver en los muros, por entre los rojos paños, lograron, en cierto modo, reducir al silencio, con su íntima severidad, á la burla británica.

Había en ellos figuras de los tiempos heroicos de Lucca, de los que tanto se habla en los libros históricos de Machiavello, el Salustio romántico y cuyo espíritu se exhala tan fogosamente de los cantos del Dante, el Homero católico.

Bien expresan en sus fisonomías los rígidos sentimientos y bárbaras ideas de la Edad Media; hasta se siente aún flotar sobre más de una muda boca juvenil la risueña confesión de que no todas las rosas de entonces fueron completamente pétreas y recatadas, y aun á través de los párpados piadosamente bajos de alguna *Madonna* de aquel tiempo, relampaguea una artera mirada amorosa, como si aun quisiera regalarnos un segundo niño Jesús (1). Pero siempre hay un elevado espíritu que nos habla en esas antiguas pinturas florentinas, eso propiamente heroico que aun reconocemos en las marmóreas estatuas de los dioses de los antiguos, y que no

(1) En la versión francesa: *.....un guiño amoroso tan picaresco (fripon) como el que se descubre en los ojos de alguna santa de nuestros días.*

consiste, como piensan nuestros estéticos, en una eterna calma exenta de pasión, sino en una eterna pasión sin intranquilidad.

También en algunos cuadros al óleo más modernos, que se ven en el Domo de Lucca, se revela, acaso como un eco tradicional, aquel antiguo espíritu florentino. Sobre todo, me agradó una *Boda de Chanaan* de un discípulo de Andrea del Sarto, pintada con alguna dureza y modelada groseramente. El Salvador está sentado entre la tierna y bella novia y un fariseo, cuyo semblante, como una roquiza tabla de la ley, admira al genial profeta que se mezcla alegremente en las filas de los alegres, y obsequia á la reunión con milagros, aun mayores que los milagros de Moisés, pues éste, por mucho que aporreó la roca, no pudo sacar más que agua, mientras aquél no necesitó más que pronunciar una frase, y los cántaros se llenaron del mejor de los vinos.

Mucho más tierno, casi de colorido veneciano, es el cuadro de un desconocido que está al lado del anterior, y en el que la feliz combinación de los colores hace que se exhale de un modo extraño un agitante dolor. Representa cómo María Magdalena tomó una libra de unguento del más legítimo y precioso nardo, y ungió con él los pies de Jesús, enjugándolos después con sus cabellos. Cristo está sentado en medio de sus discípulos, Dios hermoso y espiritual, humanamente afectado, sintiendo conmovedora piedad hacia su propio cuerpo, que bien pronto ha de sufrir mucho, y al que se tributa el honor de ser ungió, reservado á los difuntos, que ya



le corresponde. Sonríe enternecido á la arrodillada mujer que, impulsada por amorosa inquietud, cumple aquel acto de caridad, acto que no será olvidado mientras existan hombres que sufran y cuyo aroma, á través de millares de años, mitigará todos los humanos dolores (1).

A excepción del discípulo predilecto de Cristo, que nos ha transmitido el hecho, ninguno de los apóstoles parece comprender su significado, y el de la barba roja, según consta en la Escritura, parece observar malhumorado:—«¿Por qué no se ha vendido ese bálsamo á trescientos *groschens*, y se ha repartido el producto á los necesitados?» Este apóstol económico es precisamente el que lleva la bolsa, y la costumbre de los negocios de dinero le ha hecho incapaz de apreciar todo el desinteresado aroma de nardo del amor que él cambiaría por *groschens* con un objeto utilitario; y precisamente este cambiante de *groschens* fué quien vendió al Salvador..... por treinta dineros de plata.

Así el Evangelio ha expresado simbólicamente, en la historia de este banquero de los apóstoles, el misterioso poder de seducción que nos acecha en un saquillo de dinero, y nos advierte la deslealtad de la gente de negocios. Todo rico es un Judas Iscariote.

—Tiene usted un aspecto de fe mal disimulada, querido doctor—me dijo *milady* por lo bajo.—Le he obser-

(1) En la versión francesa: *Y sus perfumes, que han embalsamado ya tantos siglos, se esparcirán también sobre las generaciones venideras.*

vado bien, y perdone si en algo le ofendo, pero parece usted un buen cristiano.

—Acá para *inter nos*, diré á usted que lo soy; así, Cristo.....

—¿Cree usted también que es Dios?

—Claro está, mi buena Matilde. Es el dios á quien más amo..... no porque sea un dios legítimo, cuyo padre ya era dios y gobernaba el mundo desde tiempo inmemorial, sino porque, aunque nacido *delfín* del cielo, es, no obstante, de ideas democráticas; no gusta del ceremonioso aparato de las cortes, porque no es el dios de una aristocracia de tonsurados intérpretes de la Escritura (1), ni de galoneados lansquenets, porque es un modesto dios popular, un dios burgués, *un bon dieu citoyen*. La verdad es que si Cristo no fuera Dios, le daría mi voto para serlo, con mucho más gusto le obedecería que á un dios absoluto impuesto, á él, dios electo, dios predilecto por mí.

(1) En la versión francesa de *furisecos doctrinarios*.



## CAPÍTULO VIII.

---

Dijo la misa el Arzobispo, que era un grave anciano, y confieso honradamente, que no sólo yo sino también *milady*, nos conmovimos íntimamente ante el espíritu que mora en este sagrado acto, y ante la dignidad del anciano que le cumplía. Todo anciano es ya de por sí un sacerdote, y las ceremonias de la misa católica son tan antiquísimas, como que quizá ellas son lo único que se ha conservado desde la infancia del mundo, y como recuerdo de los primeros padres de todos los hombres reclama nuestra piedad.—Fíjese usted, *milady*—le dije—cada movimiento que usted ve, la manera de juntar las manos y de extender los brazos, esas genuflexiones, ese lavatorio de manos, ese incienso, ese cáliz, hasta la vestidura entera de ese hombre, desde la mitra hasta la franja de la estola, todo ello es del Egipto antiguo y restos de un sacerdocio de cuya admirable existencia nos proporcionan pocos datos los más antiguos documentos; de un primitivo sacerdocio que investigó la sabiduría, inventó los primeros dioses, determinó los primeros símbolos, y por quien la joven humanidad.....

—Por primera vez fué engañada—añadió *milady* en



tono amargo—y creo, doctor, que desde la primitiva edad del mundo no nos han quedado más que algunas tristes fórmulas del engaño, que no siempre son ya eficaces. Si no, vea usted ahí esas caras sombríamente estúpidas, y hasta ese individuo que está sobre sus toscas rodillas con la boca tan abierta que le da un aspecto ultra-imbécil.

—¡Por amor de Dios!—rectifiqué dulcemente—¿qué influye el que esa cabeza esté tan poco iluminada por la razón? ¿Qué nos importa eso? ¿Por qué se irrita usted por ello? Todos los días ve usted bueyes, vacas, perros, asnos, que son tan estúpidos como él, sin que su aspecto le quite á usted el buen humor ni le obligue á hacer esas manifestaciones malhumoradas.

—¡Ah, eso es otra cosa — interrumpió *milady*— esas bestias llevan cola en la parte posterior, pero me irrita ver que ese jayán, tan bestialmente estúpido, no obstante, no la lleve.

—Sí, eso ya es otra cosa, *milady*.

## CAPÍTULO IX.

---

Después de la misa hubo aún que ver y oír cosas de todo género, sobre todo el sermón de un monje grueso y cuadrado, cuyo imperioso y atrevido rostro de romano antiguo pugnaba de un modo extraño con su grosero sayal de mendicante, hasta el punto de que parecía el hombre un emperador de la pobreza. Predicó sobre el cielo y el infierno, llegando á veces á poseerle el más furioso entusiasmo. Su pintura del cielo estuvo algo bárbaramente recargada, y hubo allí mucho oro, plata, piedras preciosas, manjares exquisitos y vinos de las mejores cosechas, siendo de ver su gesto manifiestamente ansioso y la delicia con que se agitaba de un lado á otro en su hábito, cuando al hablar de los angelitos de blancas alas se consideraba á sí mismo como uno de ellos.

Menos divertida, pero también de una severidad muy práctica, fué su pintura del infierno. Allí estaba el hombre mucho más en su elemento, y se ensañó, sobre todo en los pecadores que no creen ya, como buenos cristianos, en el antiguo fuego infernal, y hasta pretenden que en tiempos modernos se ha enfriado algo y que en uno cercano se habrá extinguido del todo.



—«Aunque estuviera el infierno á punto de apagarse —exclamó—yo avivaría con mi aliento los últimos tizones, los volvería á encender y hacer despedir sus antiguas llamas.»

Al oír aquella voz que, cual la del viento Norte, aullaba estas palabras, al ver su encendido semblante, su rojo cuello, como el de un búfalo, y los forzudos puños de aquel hombre, no le parecía á uno hipérbole la infernal amenaza.

—*J like this man* (1)—dijo *milady*.

—Tiene usted razón—contesté—también á mí me agrada más que muchos de nuestros homeopáticos médicos del alma, que disuelven en un cántaro de agua de moral una diezmilésima de razón, y nos lo propinan para el descanso del domingo.

—Sí, doctor, tengo respeto á su infierno; pero no tengo en su cielo entera confianza; como que, sobre todo, respecto á éste ya muy pronto concebí íntimas dudas. Siendo todavía pequeña, en Dublín, me echaba de espaldas en el césped, miraba al cielo, y pensaba si contendría el cielo tantas magnificencias como se le celebraban. Pero, me decía yo: ¿cómo es que nunca cae ninguna de esas cosas magníficas, aunque no fuera más que un pendiente de brillantes, una sarta de perlas ó al menos un pedacito de bollo de ananas, y no que no nos regala nunca más que granizo, nieve ó la ordinaria lluvia? Esto no está bien, pensaba yo.....

(1) Pronúnciese: *Ai laike dzis man*. (*Me gusta ese hombre*).

—¿Por qué dice usted eso, *milady*? ¿Por qué no prefiere usted ocultar esa duda? Los descreídos, que no tienen fe en el cielo, no deben hacer prosélitos; al menos es digno de censura, ó más bien de aplauso el proselitismo de estas gentes que, teniendo un cielo soberbio, no quieren gozar ellos solos egoístamente sus magnificencias, é invitan al prójimo á aceptar una parte, sin darse por satisfechos hasta que es admitida su bondadosa invitación.

—Pero siempre me he admirado, doctor, de que mucha gente rica de esa clase, que vemos trabajar celosa como presidentes, vicepresidentes ó secretarios (1) de las sociedades de conversión, acaso para hacer digno del cielo á un viejo y roñoso mendigo judío, y para allí gozar de su compañía en otro tiempo, no obstante, nunca pensaron en hacerle aceptar ahora en la tierra parte de sus goces, y, por ejemplo, no le invitan jamás á pasar el verano en sus casas de campo, donde hay de seguro bocados exquisitos, que al pobre diablo le habrían de saber tan bien como si los disfrutara en el mismo cielo.

—Eso se explica, *milady*, porque los goces celestiales no les cuestan nada, y es un doble placer el que experimentamos al poder hacer feliz á nuestro prójimo á ninguna costa. Pero los incrédulos ¿á qué goces pueden invitar á nadie?

—A ninguno, doctor, como no sea á un prolongado

(1) En la versión francesa faltan las tres denominaciones de cargo.



y tranquilo sueño, que á veces bien pudiera deseárselo algún infeliz, sobre todo, después de haberse visto muy molesto por apremiantes invitaciones al cielo.

Esto dijo la hermosa dama con acento punzante y amargo, á lo que contesté no sin cierta seriedad:

—Querida Matilde, en mis acciones de este mundo no me preocupa nunca la existencia del cielo y del infierno; soy demasiado grande y orgulloso para dejarme llevar por la codicia de una celeste recompensa, ó por el temor de infernal castigo. Me inclino al bien, porque es bello y me atrae de un modo irresistible, y detesto el mal porque es feo y me repugna. Siendo todavía muchacho, cuando leí á *Plutarco*—y aún le leo todas las noches en la cama, sintiendo á veces afanes de saltar de ella y tomar al punto la posta para convertirme en grande hombre—ya me agradó la tradición de aquella mujer que recorría las calles de Alejandría, llevando un odre de agua en una mano y una antorcha encendida en la otra, y gritaba á las gentes que con el agua iba á apagar el infierno y con la antorcha á incendiar el cielo, para que así no se dejara de obrar mal por temor al castigo, y no se hiciera el bien por avidez de la recompensa. Todos nuestros actos deben surgir de la fuente de un amor desinteresado, exista ó no tras la muerte una segunda vida.

—Entonces ¿tampoco cree usted en la inmortalidad?

—¡Qué sutil es usted, *milady*! ¿Yo dudar de ella? ¿Yo, cuando mi corazón echa raíces cada vez más profundas en los más remotos siglos del pasado y del porvenir; yo, que soy uno de los hombres más eternos, pues

cada aliento mío es una eterna vida, y cada pensamiento una eterna estrella....., podría no creer en la inmortalidad?

—¡Pienso, doctor, que se necesita una dosis considerable de vanidad y presunción, para pedir á Dios la inmortalidad, después de haber gozado en la tierra tantas cosas buenas y bellas! El hombre, el aristócrata entre los animales, que se cree mejor que todas las demás criaturas, quisiera obtener ante el trono del rey del universo ese privilegio á la eternidad, por medio de cortesanas alabanzas, cantos laudatorios y genuflexiones. ¡Oh! bien sé lo que significa ese estremecimiento de labios, señor inmortal!



## CAPÍTULO X.

---

Nos rogó la *signora* que fuéramos con ella al convento donde se conserva la milagrosa cruz, la más notable que habia en toda Toscana. Bien era que abandonásemos el domo, pues las locuras de *milady* habian acabado por ponernos en cierto apuro. No cesaba en sus ingeniosas burlas, ocurrencias deliciosamente extravagantes, tan temerarias como gatitos que saltan en todas direcciones retozando al calor del sol de Mayo. A la salida del domo mojó tres veces el dedo índice en el agua bendita y me aspergeó otras tantas murmurando:—*Dem zefardeyim Kinnim!*—que, según afirmaba, es la fórmula árabe con que las hechiceras convierten á un hombre en asno.

En la plaza que está frente al domo maniobraba numerosa fuerza militar uniformada casi á la austriaca, y mandada en alemán. Al menos oí estas voces alemanas: *Präsentiert's Gewehr! Fuss Gewehr! Schultert's Gewehr! ¡Rechtsum! ¡Halt!* (1). Creo que en todos los pueblos italianos, como también en algunos otros de Europa, se manda en alemán. ¡Debemos envanecernos algo por

---

(1) *¡Presenten arm! ¡En su lugar, descanso! ¡Armas al hombro! ¡Media vuelta á la derecha! ¡Alto!*



esto? ¿Hemos mandado tanto en el mundo que la lengua alemana haya venido á ser la propia del mando? ¿Ó tanto nos hemos dejado mandar que la lengua alemana sea la que mejor exprese la obediencia?

No parecía *milady* ser amiga de paradas y revistas; pues nos apartó de allí con cierto burlesco temor.

—No me gusta—dijo—estar cerca de tales hombres armados de sable y fusil, sobre todo, cuando marchan en gran número, como ocurre en las maniobras extraordinarias, en fila. Pues puede ocurrir que uno entre tantos miles de ellos se vuelva de pronto loco y me deje en el sitio con el arma que lleva en la mano; ó bien que se vuelva de pronto cuerdo y reflexione: «¿Qué tienes que arriesgar ó qué perder aun cuando te quiten la vida? Posible es que ese otro mundo que nos prometen después de la muerte no sea del todo tan brillante como se le pondera; quizá sea tan malo; pero menos de lo que ahora te dan, menos de seis *kreuzer* por día, tampoco pueden darte allí. Por tanto, haz tu gusto y trincha á esa inglesilla de la impertinente nariz.» ¿No estoy aquí en grave peligro de muerte? Si yo fuera rey, dividiría mis soldados en dos clases. A los unos les haría creer en la inmortalidad, para que fuesen animosos en el combate y no temieran la muerte, y á éstos los emplearía solamente en la guerra. Pero á los otros les reservaría para revistas y paradas, y á fin de que no se les pasara por las mientes que nada arriesgaban si les daba la humorada de matar á alguien, les prohibiría bajo pena de muerte creer en la inmortalidad; hasta les daría un poco de man-

teca con el pan de munición, para que así cobraran más amor á la vida. A los primeros, al contrario, á aquellos héroes inmortales les haría la vida muy amarga, para que así aprendiesen bien á despreciarla y á considerar la boca de los cañones como la entrada de un mundo mejor.

—*Milady*—le dije—sería usted un mal gobernante. Sabe usted poco de gobierno, y no entiende una palabra de política. ¡Si hubiera usted leído mis *Anales políticos!*

—Comprendo todo eso acaso mejor que usted, querido doctor. Desde muy joven procuré instruirme en ello. En Dublín, cuando yo era pequeña.....

—Y me echaba de espaldas en el césped..... y reflexionaba, ó aun no, como en *Ramsgate*.....

Una mirada, á modo de dulce reproche de ingratitud, partió de los ojos de *milady*, pero pronto volvió á reirse y continuó:

—En Dublín, siendo todavía pequeña, cuando lograba sentarme en una esquinita del taburete en que se apoyaban los pies de mi madre, le hacía yo siempre toda clase de preguntas: ¿Qué hacen el sastre, el zapatero, el panadero?..... en fin, ¿qué tienen que hacer las gentes en el mundo? Y cuando le preguntaba, ¿qué hacen los reyes? me contestaba mi madre: Pues, gobernar. ¿Sabes, madre mía, le decía entonces, lo que yo haría si fuera rey? pues me estaría á veces un día entero sin gobernar, sólo por ver lo que parecía entonces el mundo. Querida niña, contestaba mi madre, eso hacen también muchos reyes, y es cosa que bien se ve, después de todo.



—En verdad, *milady*, su madre tenía razón. Sobre todo aquí, en Italia, hay reyes tales, y bien se nota esto en el Piamonte y en Nápoles..... (1).

—Pero, querido doctor, no hay que enfadarse con un rey italiano porque se esté algún día sin gobernar á causa de lo excesivo del calor. Sólo es de temer que los *carbonari* se vayan á aprovechar de ese día; pues en los tiempos modernos he observado sobre todo, que en tales días es cuando siempre estallan las revoluciones, en los días en que no se gobierna. Mas si se equivocan una vez los *carbonari*, y creen que no hay un día gobierno, y contra toda presunción le hay, pierden la cabeza. Por esto nunca serán bastante previsores los *carbonari*, y deben espiar con gran perspicacia el momento oportuno. Pero, al contrario, la suprema política de los reyes consiste en tener muy callado en qué días no gobiernan, y en sentarse por lo menos alguna vez en tales días en la silla gubernamental, aunque no sea más que á cortar plumas, sellar sobres de carta ó rayar papel blanco, todo esto por cubrir las apariencias, y porque cuando el pueblo mire desde fuera con curiosidad á las ventanas de palacio, crea con toda seguridad que está gobernado.

En tanto que tales observaciones salían retozando de la boquita de *milady*, una sonrisa satisfecha flotaba en torno de los gruesecitos labios de rosa de Francesca. Hablaba poco; pero su paso no era ya tan contrito ni de tan místico abandono como en la noche precedente. Mar-

(1) En la versión francesa falta *Piamonte*.

chaba más bien como vencedora; cada paso suyo era un toque de trompeta; pero era más bien una victoria espiritual que mundana la que se manifestaba en sus movimientos, era casi la imagen de una iglesia triunfante, y ceñía su cabeza una invisible aureola. Pero sus ojos, que sonreían como á través de lágrimas, habían recobrado toda su mundana niñería, y no se escapaba á su mirada escrutadora una sola prenda de vestir en la pintoresca muchedumbre, cuyas oleadas pasaban ante nosotros. ¡*Ecco!* era entonces su exclamación. ¡Qué chal! El Marqués tiene que darme una cachemira así para hacerme un turbante, cuando baile en la Roxelana. ¡Ah, también me ha prometido una cruz de diamantes!

¡Pobre Gumpelino, te decidirás fácilmente en lo del turbante, pero la cruz te ha de dar muy malos ratos; más la *signora* te importunará tanto, te someterá á tal tortura, que al fin te acomodará á comprársela!